

de las otras razas con las cuales aquéllas se mezclara. No es, pues, la influencia racial, aun en los casos más típicos, tan operante como se cree sobre la mentalidad de un pueblo. Individuos y sociedades deben, mucho más que a la herencia étnica, a la tradición de las culturas en que se han educado, las notas distintivas de su ideología y carácter. Cabe así que pueblos afines en raza discrepen radicalmente en carácter y en ideología. Y viceversa: que pueblos étnicamente heterogéneos comulguen en idénticos ideales éticos y religiosos, que son los que más honda huella dejan en el carácter. A eso cabalmente obedece en nuestro caso el divorcio tan profundo entre las dos huestes en lucha, la marxista y la católica, a pesar de pertenecer ambos contendientes a una misma raza española; y, en cambio, a ello obedece también la adhesión tan íntima y cordial, hecha de sentimientos y de convicciones comunes, de nuestros Regulares hacia el Ejército de la auténtica España. Es que los ideales supremos de esta España tradicional —religión, familia y propiedad— son el polo opuesto de los del programa bolchevique —ateísmo e irreligión, amor libre y comunismo—. Y esta misma antítesis de ideales irreductibles es la que divorció también a los Regulares marroquíes de los milicianos marxistas y los unió a nuestro Ejército y a nuestro pueblo con lazos de la más estrecha afinidad. No es, pues, tanto un problema de razas, cuanto de culturas, el que se planteó en la lucha ventilada en el suelo español: enfrente de la cultura occidental, saturada de espiritualidad cristiana, a la que debe su primordial origen, alzóse la utopía soviética, preñada de materialismo y de irreligión.

Pero se dirá, quizá: ¿cómo cabe fundar la adhesión de los marroquíes a nuestra causa en esa supuesta afinidad ideológica de su cultura con la occidental, europea y cristiana? ¿No es, por ventura, un tópico bien arraigado en el alma española la enemiga secular entre moros y cristianos?

Confesamos sinceramente que es bien difícil reaccionar con éxito contra este prejuicio multisecular, heredado de nuestras luchas medievales con el Islam y recrudecido en los siglos XVI y XVII por el odio, tan justificado, contra la piratería del Turco en el Mediterráneo. Imposible borrar de las páginas de nuestra historia y de nuestra literatura esa antítesis, que se ha hecho